

¡Ay, Mi Amado Acapulco! ¿Qué Te ha Pasado?
¡Tanta destrucción, tanta pena! **¿Dónde Está tu Dios?**

Mira, hermano mío, las preguntas que surgen: ¿desea Dios que acontezcan estos desastres? ¿Desea Dios esta angustia que sufren tantas personas? ¿Acaso no es nuestro Dios un Dios Omnipotente? ¿Acaso no decimos en la Santa Misa cada domingo *Creo en Dios Padre Todopoderoso?*

Y luego la pregunta más atormentadora: ¿es o no es cierto que Dios nos ama? ¿Es o no es cierto que Dios todo lo puede? Y –la pregunta más atormentadora– si Dios nos ama, y si está dentro de Su poder el evitarle a Acapulco tanta destrucción y tanta tristeza... *¿por qué no intervino para evitarle a Acapulco este actual azote cruel, este desenfreno de la naturaleza, estas pérdidas de vidas?* Y surgen, incluso en los corazones más fieles, tentaciones severas de dejar de creer, de dejar de confiar, de dejar de amar a Dios.

Varios pensadores Católicos de los más gigantescos que Dios nos ha mandado, varios han hecho la simple pregunta *¿Por qué?... ¿por qué?* Incluso, han dado a este problema –es decir, el problema de explicar cómo es que un Dios Todopoderoso y Providente y Cariñoso habrá podido permitir tamaño azote como ahora último le ha caído a Acapulco– han dado a este problema un nombre especial: ***El Problema del Mal***. ¿Cómo puede explicarse la existencia del mal bajo los ojos de un Dios Providente, Omnipotente y Amorosísimo? ¿Cómo puede ser?

Las veces que nos pasan cosas dolorosas se nos hace fuerte la tentación de escandalizarnos y dejar de confiar en Dios. Incluso a San Juan Bautista, echado preso en la cárcel de un Rey Herodes borracho y adúltero, se le ocurrió mandar a preguntar a su pariente Jesucristo *¿Eres Tú el que tiene que venir o hemos de buscar a otro?* Sí: Juan Bautista estaba atormentado por la pregunta: *¿Cómo puede mi pariente Jesús, sobre quien yo vi descender al Espíritu Santo en forma de una paloma... cómo puede Jesús permitirme podirme en la cárcel de un reyecillo sinvergüenza?* Oye bien lo que Jesús le contestó: *Dichoso el que no se escandaliza de Mí*. Es decir: dichoso el hombre, dichosa la mujer, dichosa la persona que está dispuesta a sufrir lo que Dios disponga, puesto que Dios se hizo Hombre para salvar a los hombres por medio de una vida de sacrificio y sufrimiento, terminando con la muerte horrorosa en la Cruz.

Hermano mío, ojalá Dios te conceda la gracia de escuchar a este padrecito Católico que se conmueve contigo y quiere darte una palabra de consuelo y consejo en tu angustia. Primero que nada, ***Dios no puede desear nada malo***. ÉL es capaz de tolerar que *acontezca* algo malo, pero no es capaz de *desear* algo malo. Si fuera Dios capaz de desear algo malo, no sería Dios. Es decir: Dios ni existiría si pudiera desear algo malo. De modo que tú sabes con la certidumbre de la Santa Fe Católica que Dios, incluso en el medio de los más penosos desastres –tormentas, epidemias, muerte, traiciones– ***lejos de dejar de amar a sus hijos, los***

ama más que nunca. No nos toca cuestionar a Dios. Nos toca, sí, repetir con los pastorcitos de Fátima, la oración que de la Virgen María aprendieron en el año 1917:

*Oh, Jesús mío: perdona nuestros pecados,
sálvanos del fuego del infierno,
lleva al cielo a todas las almas,
especialmente a las que más necesitan
de Tu Misericordia.*

Padre Pablo, C.S.S.R.
Monte San Alfonso, Acapulco.